

## TRAICIÓN A LA PERSONA

JORGE DE LIMA

Una inmensa desgracia cubre montes, planicies, mares y la propia atmósfera del mundo, y despertando la avalancha de las fuerzas caóticas, atormenta a los hombres contradictorios, con sus absurdos elevados al máximo, con su vida transitoria y fugaz empequeñecida ante la impiedad de la guerra y del hambre. Una confusión de ira diabólica aturde a la humanidad de tal modo que la traiciona inconscientemente y la hace temblar delante de los cuatro elementos revueltos, abatida a los pies de cualquier títere minúsculo que pretenda llevarla lo más deprisa posible a la locura universal. Llegamos a esta consecuencia con el auxilio del avión (la maravilla del siglo); conseguimos volver al pasado, al pasado del hombre primitivo, y desoladamente observamos que fuera de las selvas hay todavía numerosísimos indígenas que huyeron de los censos. Todo lo que era cristiano fue bestialmente traicionado, y se erigieron en virtudes la estupidez de la violencia, la ceguera del odio, provocando la muerte en masa, la devastación de las cosechas, el arrojamiento final de una civilización. Naciones que ayer permitieron la invasión de pequeños países e inclusive los invadieron, vuelven hoy a defenderlos contra sus aliadas de antaño; otras combaten para exterminar poderosas organizaciones imperialistas que se formaron con su aquiescencia y ayuda. Ideologías anti-guerreras se armaron, invadieron, ensangrentaron, y después confraternizaron con ideologías contrarias, que a su vez mudaron de contenido político decenas de veces. Paganos, desde hace algún tiempo, hablan en nombre de Dios y se dicen enviados especiales para salvar al mundo.

De todo esto resulta un inmenso desvarío en el que se perdió la dirección a seguir para alcanzar lo que se debe pretender: una civilización justa, de la que se disiente de propósito. De un polo a otro de la tierra, los mismos ciegos poderes entregan los pueblos al pavor y a la muerte. Aumenta implacablemente el número de los que, teniendo su destino temporal deshecho, erran como insectos sin antenas, sin objetivo y sin razón, sobre el suelo de naciones desgraciadas por la traición de sus dirigentes. Y delante de estos errores y tribulaciones, otros pueblos y otras naciones presienten angustias semejantes a las que cada ser se siente misteriosamente impelido.

Hace pocos años se pensaba (en el tiempo en que con más intensidad la tiranía del lujo y la fiebre de las grandes ganancias representaban las razones más profundas del vivir) que bastaba negar la existencia de esta nube agorera para que se disipase; en aquella época inconsecuente los que anunciaban el peligro sentaban plaza de derrotistas, pesimistas o vencidos. Después se creyó que fuese solo un mal transitorio, cuando ya se manifestaba por la fermentación del cataclismo preparado sobre la cabeza del hombre gozador y displicente. En los días que corren no hay quien no sienta que se trata de un caso mucho más importante y trascendente que una simple solución económica o un equilibrio social por terminar;